

ambas cosas no le queda mas que el aspecto, compuesto solo de carne y sangre.

» Al delirio de la vejez no sigue una edad mas razonable; no le sucede lo que á la infancia, cuya locura da lugar á la adolescencia. »

Vienen por último los moallakas de Amria-el Kais y de Levid. Este compuso en tiempo de Amria-ben-Yina; era llamado el *Sabio* y se acudia á instruirse con su conversacion. Su moallaka estaba colgado entre las cortinas de la Caaba, y en tiempo del paganismo los Árabes lo cantaban despues de rodear siete veces el sacro lugar, ejercicio de devocion que duró hasta el establecimiento del islamismo. Levid adoptó esta creencia por haber leído el segundo sura del Coran. « Largo tiempo (dice) viví antes de la carrera de Daes, si la vida puede parecer larga al alma, cuyos deseos son insaciables y renacen sin cesar. Me pesa la existencia, y estoy fastidiado de oír siempre á los hombres preguntarse unos á otros cómo se encuentra Levid. »

En este poema está pintado admirablemente el Árabe del desierto, que sin morada fija vaga por aquel, segun la necesidad de los ganados. El poeta luego compara la rapidez de su camello á la de un asno salvaje ó de un cervatillo perseguido :

« Calla la hembra del onagro que lleva ya en su vientre el fruto de sus amores y se retira en compañía del macho, vencedor de sus rivales, el cual, debilitado por las batallas empeñadas con ellos y cubierto de la sangre de las heridas, sube con la hembra á la cima de las colinas; la ha visto admirado sustraerse de sus caricias, á las que se abandonaba con ardor hacia poco. Desde lo alto de las colinas de Talbut dirige sus miradas á toda la llanura; teme que algun cazador se haya puesto en acecho detras de las piedras que en el sendero sirven de guia al caminante. En aquel yermo habitan seis meses completos; todo el invierno. Allí ningun arroyo apaga su sed; para aplacar esta, solo tienen la frescura de las yerbas que les sirven de alimento. Despues de tan larga privacion deciden generosamente abandonar aquellas áridas moradas : una firme y noble resolucion no puede ménos de alcanzar feliz éxito. Corren al traves de espinosos arbustos, cuyas puntas lastiman sus piernas, á pesar de los vientos de verano que empiezan á hacer sentir su sople abrasador. Sus pisadas levantan una nube de polvo, cuya inmensa sombra se extiende y vuela; vuela, semejante al humo que despide un monton de leña encendido, cuando la llama agitada por el sople de los aquilones consume los céspedes aun verdes, como la negra columna que surge de una pira, cuya llama se lanza al aire. Celoso amante, el onagro en su rápida carrera se coloca delante de la hembra, temiendo sea detenida; é inquieto se mantiene detras de ella. Al llegar á orillas del arroyo, se lanzan hienden las aguas de un copioso ma-

nantial, oculto bajo la sombra de espesas cañas entrelazadas.

« ¡Compararé la precipitada carrera de un camello á la agilidad de este onagro, ó mas bien á la impetuosidad de la gacela que ha perdido su cria, devorada léjos de ella por una fiera, mientras que la habia confiado al cuidado del macho que camina á la cabeza de su banda? Privada del objeto de su cariño, la gacela atraviesa, sin parar, las arenosas colinas, llamándole con espantosos alaridos : su cria, la del blanquísimo pelo, derribada en tierra, sirvió de pasto á hambrientos lobos, que la despedazaron, sin que los distrajesen de su funesto festin ningun terror repentino. Los crueles raptos habian aprovechado el instante en que la madre se hallaba ausente, para inmolarse á su furor. Es imposible evitar que el destino se cumpla. Expuesta la gacela á la violencia de un furioso aguacero que inunda los terrenos mas áridos, pasa toda la noche sin mas proteccion que el tronco de un árbol aislado y torcido, al pié de una colina cuya movediza arena huye bajo sus pasos. Mientras se agita en la oscuridad, la blancura de su pelo brilla en las tinieblas como una perla de gran tamaño que tiembla sobre la seda en que está ensartada. Con los primeros rayos de la aurora emprende de nuevo su carrera; sus piés se deslizan en la tierra regada por las nubes. En la embriaguez de su dolor, anda errante siete dias y siete noches en los pantanos de Soaid; al fin pierde toda esperanza; sus mamas llenas de leche se ponen flojas y se secan; si bien ¡ay! no es á causa del alimento proporcionado al fruto de sus amores. Apodérase de ella súbito miedo; oye la voz de los cazadores, no puede descubrirlos; pero su aproximacion la aterra. Cree que el peligro está ya encima, que va á envolverla por todas partes, y huye : los cazadores desesperan de alcanzarla con sus flechas, y sueltan contra ella los perros de las orejas colgantes, de los hijares descarnados, dóciles á la voz del amo. Corren en su perseguiamiento, la alcanzan, y la gacela les opone sus agudos cuernos como una lanza larga, inflexible, puntiaguda. Sabe que si no rechaza vigorosamente sus ataques, tiene que morir. Cosab, bañado en su propia sangre, sucumbe herido por ella, y sin la menor tardanza se vuelve contra Sokam, y le deja tendido en el polvo. »

Al fin del poema, Levid canta sus placeres, y termina celebrando sus virtudes, su generosidad, su noble familia :

« ¡Cuántas veces el viajero ha encontrado asilo en mi tienda contra el rigor de la mañana, cuando el aquilon tenia entre sus manos las riendas de los vientos y dirigia su sople! Yo velo en defensa de mi tribu; un ágil corcel lleva mis armas; su brida, aunque esté desmontado, me sirve de ceñidor dada vueltas en torno de los riñones. Subo á una colina para descubrir los movimientos del enemigo; breve intervalo me separa de sus tropas, y el polvo

que se eleva en mi alrededor toca sus estandartes. En este peligroso puesto permanezco hasta que el sol alcanza y toma de la mano á la oscura noche, que envuelve en su tenebroso velo los lugares desde donde el enemigo pudiera atacarnos con ventaja. Entónces conduzco nuevamente á la llanura el caballo, que camina con la cabeza alta, semejante á la palmera cuyas ramas, brotando en elevado tronco, preservan los frutos de la avidez de las personas que quisieran cogerlos : le hago andar con mas rapidez que el avestruz : cuando se halla en el mayor calor, vuela con extremada ligereza, la silla se agita sobre su lomo, un torrente de agua corre por su pretal, las cinchas están bañadas del sudor espumoso que cubre todo su cuerpo; irgue la cabeza, y parece querer desembarazarse de la brida que modera su ardor; prosigue su carrera con la rapidez de una paloma sedienta que precipita su vuelo en medio de los campos hácia el arroyo que la convida con sus aguas.

» Cuando el extranjero viene á buscar junto á mí un asilo, se cree trasportado al fértil valle de Tebala (1). La madre, reducida por la desgracia á la mendicidad, fija su morada junto á las cuerdas que sostienen mi pabellon. Vestida de harapos, se parece al camello consagrado á la memoria de un difunto que se ata junto á su sepulcro (2). Cuando el huracan del invierno se agita en la llanura, los huérfanos rodean mi mesa cubierta de abundantes manjares, y se sumergen á porfia en los canales de mi beneficencia. Cuando las familias se reúnen en un mismo lugar, vese siempre elevarse entre sus individuos algun ilustre vástago de nuestra sangre, cuyo valor y fuerza triunfan de todos los obstaculos, cuya justicia distribuye á cada uno lo que le corresponde con exacta integridad, que renuncia á sus derechos y no puede soportar que los demas sufran el menor agravio. Siempre entre nosotros se encuentran generosos que se complacen en difundir beneficios y señalar su liberalidad, que miran las acciones nobles y generosas como la sola ganancia digna de ellos y de su ambicion. Cada pueblo reconoce un legislador y leyes; para ellos el ejemplo de sus abuelos es la única ley de su conducta. Ninguna mancha deslustrará el brillo de su gloria; su virtud no experimentará nunca siniestros accidentes, porque las pasiones no corrompen su juventud. »

Amria-el-Kais-ben-Oyir escribió sátiras contra Mahoma. Su padre, tirano de la tribu de Benu-Asad, enemigo de la poesia, le arrojó de su lado, de modo que anduvo fugitivo de tribu en tribu, y por último espiró junto á la tumba de la hija de un Griego. Los mahometanos dicen que el dia de la resurreccion llevará el

estandarte de los poetas del paganismo, conduciendo á estos tras de sí al fuego del infierno. Su moallaka no trata de ningun hecho histórico, como los precedentes; sino que es una serie de cuadros donde el poeta pinta sucesivamente los placeres que ha gustado en la sociedad de las bellas, los encantos de sus amadas, su intrepidez en lo mas oscuro de la noche : caballos, tempestades, risueños jardines, ofrecen materia á sus pinturas. Citarémos uno de dichos cuadros para muestra de su estilo :

« Antes de que las aves salgan del nido, saltó yo sobre un alto y ágil corcel, de pelo corto y luciente, que se adelanta á los animales mas ligeros y los detiene en su fuga. Lleno de fuerza y vigor, se tuerce, huye, avanza, retrocede en un momento, con la rapidez de una piedra que impetuoso torrente arranca y precipita desde lo mas elevado de una roca : su pelo bayo y lustroso rechaza el sudor que corre por su espalda como gotas de agua por un liso marmol : sus hijares son enjutos y prolongados. Arde en noble impaciencia, y en medio del ardor que le anima, su voz cortada imita el ruido del agua hirviendo en vasija de cobre. Mientras los caballos mas nobles, reducidos al último extremo, imprimen profundamente en el polvo las huellas de sus pasos, este precipita aun su rápida marcha : el jinete joven y ligero es arrojado al suelo por la violencia de su carrera, y los vestidos del anciano, mas pesado á causa de la edad, dan vueltas en el aire á merced de sus impetuosos movimientos. El mismo corcel se semeja á la rueda que el niño hace girar con la cuerda en que está ensartada. Tiene riñones de gacela, piernas de avestruz, trota como el lobo, galopa como un zorro; tiene ancas anchas y robustas; si le miras por detras, su espesa cola, que le llega hasta el suelo, llena el espacio entre ambas piernas, sin inclinarse mas á un lado que á otro. Cuando está de pié junto á mi tienda, su reluciente lomo se parece al marmol en que se deslían los perfumes para la joven esposa el dia de la boda, ó á la piedra en que se despolvorea la coloquintida, impregnada del aceite que brota de esta. La sangre de los animales salvajes que cogió en la caza, y de que tiene manchado el pescuezo, imita el color de unos caballos encanecidos por la edad y teñidos en el jugo del inna. »

Amria-el-Kais se pinta á sí mismo en un solo verso : « Los insensatos se disgustan de los placeres de la juventud y del amor; pero mi corazon, esclavo de sus encantos, no quiere desembarazarse de ellos. »

Tenemos una biografia de este Amria-el-Kais, que nos revela muchas costumbres árabes (1). Oyir, su padre, ultrajando á hombres y mujeres, se atrajo la cólera de los Benu-Asad, á quienes

(1) Entre el Hedjaz y el Yemen.

(2) Segun el uso de los Arabes paganos, se colocaba un camello junto al sepulcro de su amo para que muriese de hambre.

(1) Véase *Le Diwan d'Amra'l Kais, précédé de la vie de ce poète par l'auteur de Kitab-el-Aghani, accompagné d'une traduction et de notes*, por el baron MAC GUCKIN DE SLANE, Paris, 1837, en 4<sup>o</sup>.



mandaba. Herido mortalmente, ántes de espirar dijo á un mensajero: « Vé á casa de Nafi, mi primogénito, y si llora y se disgusta, déjale, y vé á buscar á los otros sucesivamente, hasta que llegues á Amria-el-Kais (el menor), y da mis armas, los caballos, la vajilla y el testamento al que no se muestre afligido. » Y le entregó la relacion de su herida con el nombre del asesino.

El mensajero ejecutó sus órdenes cual le fueron dictadas; al oír la noticia, cada uno de los hijos de Oyr se abandonó al llanto y se cubrió la cabeza de polvo, excepto Amria-el-Kais, á quien el mensajero encontró bebiendo vino y jugando al *nard* con un camarada de franca-chela; cuando supo la muerte de su padre, se mostró indiferente, y habiendo el compañero suspendido la partida, le invitó á continuar. Luego que acabaron, dijo: « No queria abandonar tu partida; » despues, habiendo hecho que le refiriesen el caso de su padre, exclamó: « Su severidad me ha perdido mientras fui niño; ahora que soy adulto me impone el deber de vengar su sangre; nada de templanza hoy, pero mañana nada de embriaguez; hoy el vino, mañana los altares. » Y juró abstenerse del vino y de las mujeres hasta que hubiese inmolado á su venganza ciento de los Benu-Asad, y cortado á otros ciento los cabellos de la frente, ceremonia que se ejecutaba con los prisioneros al devolverlos su libertad.

Amria-el-Kais, como hemos dicho, arrojado de su casa porque componia versos, ocupacion que se creía indigna de su categoría, andaba errante entre las tribus con un séquito de gente de varias clases; cuando encontraba una cisterna, un prado, un lugar á propósito para la caza, se detenía, y todos los días mataba camellos para las personas que le acompañaban, iba á cazar, y á la vuelta se ponía á comer con sus camaradas, á beber vino y escanciarlo á los demas en medio de los cantos de los músicos, no separándose de allí hasta agotar la cisterna.

Mudando de método de vida, se dedicó exclusivamente á vengar á su padre, sin conseguirlo nunca del todo, y castigando por error una tribu inocente. Mondar, rey de Hira, que habia obtenido caballos del rey de Persia, le persiguió hasta obligarle á salir del país. Le hospedó entónces Samuel, hijo de Adías, Hebreo generoso, á quien Amria pidió cartas de recomendacion para el emperador griego, y le dejó en rehenes á su hija Hind y toda su hacienda, especialmente cinco corazas famosas en la historia heroica de los Árabes. El emperador le dió un puñado de hombres; pero, como supiese luego que tenia relaciones amorosas con su hija, le envió un vestido envenenado, de cuyas resultas se le cubrió de úlceras el cuerpo y murió junto á la tumba de su amada.

Véase otro maollaka suyo:

« Me introduje en las habitaciones de las tribus próximas á Bikerat, Aarama y el desierto de los-Onagros.

» Y cerca de Gaul, Hillit, Nefi y Maniyi, hasta el monte Aakil y el-Yobb, donde hay señales que indican el camino,

» permanecí un día sentado, con la capa sobre la cabeza, contando las piedras y sin cesar de verter lágrimas.

» Ayúdame, amigo, á sostener el afan y las memorias que en tropel me acosan ¡ay de mí! durante las noches,

» y en la mas larga del año, á la que sucede otra noche semejante, y dias no ménos angustiosos.

» Habiendo montado á caballo, hubiérase dicho que yo y el que llevaba á la grupa, y la vaina de la espada, y la funda ibamos sobre un onagro, que corre á saciar la sed en el sitio donde crecen los juncos,

» excitando las onagras que no han concebido aun, pero que están ya en sazón, semejantes á una tropa de cuatro camellos que no obedecen al guía;

» y áspero cuando las impele, de aspecto atroz como la punta de una lanza, á menudo gritándoles,

» mientras roen la yerba boma, negra para cobrar vigor y beben el agua helada por el fresco matinal.

» Entónces las conduce al agua que visitan rara vez los hombres, para resguardarlas del cazador Asur, terrible desde las tinieblas donde acostumbra á ponerse en acecho,

» mientras ellas desmenuzan los guijarros con sus piés de color oscuro, pesados, duros, no cortos ni desprovistos de pelos,

» arrastrando las colas, cuyos pelos se parecen al mango del estuche, pintados y plegados.

» Otras veces sentado sobre una robusta camella, segura como los palos de una litera, la llevé por un camino, variado como un paño del Yemen;

» y la dejé, de gorda que estaba, flaca; pero veloz en la carrera, y apoyada en las piernas aun carnosas.

» Otras veces probé el filo de una espada, ligera como baston de junco, y ví que era buena para cortar piernas y cuellos. »

## § 2. ANTAR.

En la NARRACION hemos hablado del poema nacional de Antara, ó Antar, poeta y héroe, uno de aquellos cuyos moallakas fueron colgados en la Caaba. Citarémos dos fragmentos, que inserta Lamartine en su *Viaje á Oriente* (1).

### Fragmento primero.

Habiendo ido Antar un día á casa de su tío Malek, se sorprendió mucho de la grata acogida

(1) Perron, director de la escuela de medicina del Cairo, se ocupa en formar una coleccion de poetas ante-islámicos, y entretanto, ha hablado largamente de Antar en el *Journal asiatique*, diciembre 1840.

que se le dió, contra lo acostumbrado. Era deudor de ello á las advertencias del rey Zoeir, que justamente aquella mañana habia excitado á Malek á ceder por una vez á los deseos del sobriño, concediéndole por esposa á su prima Abla, á quien amaba con pasión. Se habló de los preparativos de la boda, y habiendo querido saber Abla qué se proponia hacer su primo, este le respondió: « Me propongo hacer cuanto á vos convenga. » — Pero, replicó ella, no pido para mí sino lo que hizo Caled-Eben-Moareb al casarse con su prima Yida. — « Insensata! le gritó colérico su padre, ¿quién te ha contado eso? » Luego añadió: « No, sobrino mio, nosotros no queremos seguir su ejemplo. »

Pero Antar, al ver por la primera vez á su tío tan benévolo con él, y deseando complacer á su prima, le suplicó que le refiriese los pormenores de aquella boda. Abla le dijo entónces:

« Oid lo que me contaron las mujeres que han venido á felicitar me. Caled, el día de su matrimonio, mató mil camellos y veinte leones, estos últimos con su propia mano. Sirvió de comer durante tres días á tres grande tribus, convidadas; cada plato contenia un trozo de leon. La hija del rey Eben-el-Naral conducia del licú la naka (1) en que iba montada Yida. — ¿Qué hay de extraordinario en eso? repuso Antar. Juro por el rey de Laniam y por el Atin, que Yida, y no otra, ha de conducir vuestra naka, con la cabeza de su consorte pendiente del cuello. »

Malek reprendió á su hija por haber tocado semejante materia, mostrándose descontento, mientras que él mismo habia sido quien en secreto habia inducido á las mujeres á informar á Abla, para poner á prueba á Antar. Despues del juramento, alegre y deseoso de cortar la conversacion, le hizo servir vino, esperando que así se obligaria mas fuertemente con la novia á cumplir la promesa empeñada. Al retirarse Antar, Malek le suplicó que olvidase las pretensiones de Abla; pero lo hizo para recordárselas indirectamente. Antar, de vuelta á su casa, ordenó á su hermano Shebud que le preparase el caballo el-Abyea y marchó inmediatamente, enderezando su curso hácia la montaña de los Beni-Tuelek. En el camino contó á Shebud lo acaecido aquella tarde. « ¡Maldito sea vuestro tío, exclamó Shebud, ¡qué malo es! ¿De quién habia de saber Abla lo que os dijo, sino de su padre, ansioso de perderos, precipitándoos en peligros tan graves? »

Antar, sin atender á las palabras de Shebud, le recomendó que solicitase el paso para llegar un día ántes, tanto le urgía el cumplir su promesa. Despues cantó estos versos:

« Voy de noche por malos caminos; atravieso el desierto, impulsado por el mas vivo ardor, sin mas compañero que mi espada, no contando nunca los enemigos. Leones, seguidme: veréis

(1) Hembra del camello; y licú es el cabestro.

la tierra sembrada de cadáveres, parte de las aves de rapiña.

» Á Caled (1) no le sienta ya este nombre, pues que voy en busca suya; Yida no tiene ya de qué envanecerse.

» Su país no está ya seguro; pronto no lo habitarán mas que tigres.

» Abla, acepta mis anticipadas congratulaciones sobre los objetos que deben adornar tu triunfo.

» ¡Oh! tú, cuyos ojos me hirieron como flechas homicidas con un golpe incurable, tu presencia es un paraíso, tu ausencia un fuego destructor.

» ¡Oh Allan-el-Fandi, bendecido por el Omnipotente! yo bebí un vino mas dulce que néctar, pues que me fué servido por la mano de la hermosura.

» Mientras vea la luz, cantaré los méritos de Abla, y si muero por ella, mi nombre no perecerá. »

Concluyó al aclarar el día, y continuó su marcha hácia la tribu de los Beni-Zobed. Caled, héroe de esta, gozaba en el país de mas consideracion que el mismo rey; era tan formidable en la guerra que su solo nombre hacia temblar las tribus vecinas. Oid su historia y la de su prima Yida.

Dos emires, Moareb, padre de Caled, y Zaer, padre de Yida, gobernaban á los Beduinos llamados Beni-Omeya, famosos por su valentia; Moareb, mas entrado en años, mandaba, y Zaer ponía en ejecucion sus órdenes. Un día, despues de un vivo altercado, Moareb levantó la mano contra su hermano, el cual volvió á su casa con el corazón lleno de ira. Su esposa, habiendo oído la causa, le dijo: « No debiérais soportar tal afrenta, vos que sois el primero entre los valientes de la tribu, y cuya fuerza é intrepidez son tan nombradas. — Yo debí, respondió Zaer, respetar á un hermano mayor. — ¿Y quién os impide abandonarlo? repuso la esposa. Id á estableceros en otro punto mas bien que permanecer aquí en la humillacion; seguid el consejo de aquel poeta que canta: — Si encontrases oposicion en alguna parte, muda de domicilio, y deja que la casa eche de ménos al que la fabricó.

» Vuestra subsistencia es donde quiera la misma; pero perdida una vez la vida, no podréis recobrarla.

» No conviene encargar á extraños los negocios propios; tienen mejor éxito manejados por nosotros mismos.

» Dos leones son orgullosos porque son libres.

» Tarde ó temprano debe el hombre ver cumplirse su destino; ¿qué importa dónde muera?

» Sigue, pues, los consejos de la experiencia. »

Estos versos indujeron á Zaer á alejarse, lle-

(1) Que quiere decir afortunado.



vándose cuanto poseía, y al partir cantaba de este modo: « Andaré distante de estos sitios mil años, cada uno de cien leguas de longitud. Aunque me diésteis, para detenerme, mil Egiptos, cada uno regado por mil Nilos, preferiría vivir separado de vos y de vuestras tierras, repitiendo, para justificar nuestra separación, un versículo que no tendrá igual: — El hombre debe huir de los puntos en que reina la barbarie. »

Zaer se dirigió á la tribu de los Beni-Asac, donde fué muy bien recibido y se le eligió por jefe; reconocido de ello, fijó allí su residencia. Poco despues tuvo una niña llamada Yida, á quien hizo pasar por varon, bajo el nombre de Yodar. El padre la obligaba á subir con él á caballo, la ejercitaba en el combate y desarrollaba de este modo sus disposiciones naturales y su valor. Un sabio de la tribu la enseñaba á leer y escribir, y sus progresos eran admirables: para colmo de perfección, unía á tantas dotes una rara hermosura, de modo que todos decían: « Feliz la mujer que se case con el emir Yodar! »

Pero habiendo enfermado su padre y creyendo próximo su fin, habló así á su esposa: « Despues de mi muerte, os lo suplico, no contraigáis nuevo matrimonio que os separaría de vuestra hija, sino procurad que continúe creyéndose el hombre; si cuando haya fallecido yo, no seguís gozando aquí la misma reputación que hasta ahora, acudid á mi hermano, que estoy seguro os acogerá bien. Guardad con cuidado las riquezas que os atraerán el respeto por todas partes; mostráos generosa y afable y seréis recompensada; en fin, continuad la línea de conducta que os habéis trazado. »

Despues de algunos dias de enfermedad, Zaer se restableció; Yodar prosiguió sus correrías militares, y dió en todos los casos tales pruebas de valor que se decía proverbialmente: « ¡Ay del que se acerca á la tribu de Yedar! »

Caled acompañó á su padre en los diarios ejercicios, en que tomaban parte los mas valientes de la tribu, y eran una verdadera guerra, pues que siempre habia algunos heridos. Caled se habia hecho mucho mas ganoso de fama guerrera viendo la reputación que alcanzaba su primo, al cual deseaba visitar; pero no se atrevia, atendidas las disensiones de sus padres. Á los quince años Caled era mirado como el mas valiente campeón de su tribu; y entonces tuvo la desgracia de perder á su padre, mereciendo ser elegido para sucederle, en cuyo puesto mostró no menores virtudes, que le atrajeron la estimación general.

Un dia, habiendo propuesto á su madre que fuesen á ver á su tío, se pusieron en camino con ricos donativos de caballos, arneses y armas. Zaer los recibió cortesmente, y colmó de atenciones á su sobrino, de cuya reputación tenia noticia. Caled abrazó con tierno afecto á su primo Yodar, y le cobró un amor vivísimo en el poco tiempo que permaneció allí; todos

los dias se entregaba á ejercicios mititares, excitando la admiración de Yodar, que descubria en él un guerrero perfecto, lleno de valor y generosidad, afable, elocuente y dotado de varonil belleza, así pasaban juntos los dias enteros, y tambien la mayor parte de la noche. Por último, fué tan grande la pasión de Yodar hacia Caled que dijo á su madre: « Si mi primo se vuelve á la tribu sin mí, el disgusto me quitará la vida; tan grande es el amor que le profesó. — No lo desapruébo, le respondió su madre, por el contrario, tienes razón de amarlo, pues él lo merece; es primo tuyo, corre por vuestras venas la misma sangre, sois casi de igual edad; ni pudiera encontrar él un partido mas conveniente que el de unirse á ti. Pero deja que yo hable primero á su madre, y le revele tu verdadero sexo. Mañana vendrá á casa, segun costumbre; todo se lo descubriré, dispondremos vuestra boda y marcharemos de acuerdo. »

Al dia siguiente, á la hora en que la madre de Caled solia ir á visitarla, vistió á su hija de mujer, y cuando aquella al entrar le preguntó quién era tan preciosa jóven, le refirió la historia de Yida y la voluntad de su padre de que apareciese con vestidos de hombre. « Os descubro, sin embargo, este secreto, añadió, porque quiero casarla con vuestro hijo. — Consiento en ello gustísima, respondió la madre de Caled; ¡qué honor para él poseer á esta sin igual hermosura! »

Habiendo encontrado luego á Caled, le contó lo acaecido, afirmando que no existia ninguna mujer que excediese en belleza á su prima. « Vé, pues, le dijo, y pídelo á tu tío: si no te la niega, serás el mas feliz de los hombres. — Habia resuelto, contestó Caled, no separarme de mi primo Yodar, tanto era lo que le queria; pero, ya que es una jóven, renunció á mi idea. La compañía de los guerreros, las batallas, las cacerías de elefantes y leones me agradan mas que la posesión de la hermosura. No se hable mas de semejante boda; por el contrario, voy á partir al momento. »

Y despues de disponer su marcha, fué á despedirse de su tío, el cual, preguntándole la causa de su prisa, le rogó que demorase su partida algunos dias mas. « Imposible, respondió Caled; mi tribu está sin jefe, y urge mi vuelta. » Dicho esto, se puso en camino con su madre, que se habia despedido de la madre de Yida, refiriéndole ántes la conversacion con su hijo.

Cuando Yida supo la repulsa de su primo, se entregó al mas vivo dolor y perdió el sueño y el apetito, pues su amor á Caled era intenso. Su padre, viéndola en tal estado, la creyó enferma, y cesó de llevarla consigo á sus correrías. Un dia que él habia ido á atacar una tribu muy distante, Yida dijo á su madre: « No quiero dejarme morir por uno que tuvo tan pocas consideraciones hacia mí, y con el auxilio de la Providencia sabré hacerle á mi vez experi-

mentar todos los padecimientos, hasta el del amor. »

Entonces, levantándose con la furia de una leona, montó á caballo, dijo á su madre que iba á cazar, y en vez de esto, se dirigió á la tribu de su primo, disfrazada de Beduino del Hedjaz. Se alojó en casa de uno de los jefes, que tomándola por un guerrero, la acogió como mejor pudo. Al dia siguiente se presentó al ejercicio militar ordenado por su primo, y empezó con este una lucha que duró hasta medio dia y admiró á todos los espectadores. Caled, extraordinariamente sorprendido de encontrarse con un guerrero capaz de hacerle frente, mandó que se le dispensase todo género de miramientos: á la mañana siguiente volvieron á la lucha, que no concluyó al tercero ni al cuarto dia, sin que el uno pudiese jamas herir al otro (1).

En este tiempo Caled se empeñó todo lo posible en conocer al extranjero, aunque inútilmente; al espirar el cuarto dia dijo á su adversario: « Por el Dios que os da tanta valentía, descubridme vuestro nombre y tribu. » Entonces Yida, levantándose la máscara: « Soy aquella, le dijo, que enamorada de vos, queria enlazar su destino con el vuestro, y á quien despreciásteis, prefiriendo, como deciais, á la posesión de una mujer los combates y la caza: he venido para que conociésteis el valor é intrepidez de la que habéis desechado. »

En seguida se puso de nuevo la máscara, y volvió á su casa, dejando á Caled triste, irresoluto, sin fuerza ni ánimo, y enamorado de ella hasta el extremo de perder el sentido. Al recobrar, su afición á la guerra y á la caza habia cedido el puesto al amor, y cuando entró en la tienda, refirió á su madre aquel cambio, descubriéndola el duelo con su prima. « Mereces lo que te sucede, le contestó ella, por no haber querido hacer caso de mis palabras. Tu prima obró como debia, castigando el orgullo que con ella mostraste. » Habiéndola advertido Caled que su infortunio no habia menester de censura sino de compasión, la suplicó que fuese á pedir á su sobrina en matrimonio. Encaminóse, en efecto, sin detenerse á la tribu de Yida, sumida en graves pensamientos acerca de su hijo, al que dejaba en situación tan deplorable.

Yida, despues de darse á conocer á su primo, se reunió de nuevo con su madre, la cual estaba disgustada por su ausencia, y le contó exactamente lo que habia pasado, excitando su admiración tanta valentía. Á los tres dias llegó la madre de Caled, que quiso hablar al instante con Yida y decirle que venía de parte de su primo á tratar su boda, describiéndola el infeliz estado á que se veía reducido Caled. « Esa boda es ya imposible, respondió Yida: mi mano no

(1) Entre las muchas censuras dirigidas contra el Taso, es una la de haber lanzado una mujer en medio de las armas, cosa tan contraria á los usos musulmanes. Pues bien, aquí tenemos una guerrera, como Clorinda, que se encuentra nada ménos que en el poema nacional de los Arabes.

será nunca del que me despreció: he querido sí, darle una lección y castigarle por haberme hecho penar. » Y como continuase su tia mostrándola que, en cambio de aquellos disgustos, Caled era actualmente mas infeliz que ella, replicó: « Aunque debiera morir, nunca seré suya. »

No habiendo vuelto aun el padre de Yida, fué imposible hablarle, y no esperando la madre de Caled alcanzar nada de la jóven, se marchó y halló á su hijo enfermo de amor y sumamente triste: al oír el mal éxito de su propuesta se puso peor. « No te resta mas que un medio, le dijo su madre; hazte acompañar de los jefes de tu tribu y de los aliados, y en seguida vé y pídelo á su padre. Si te contesta que no tiene hija, cuéntale tu historia, y no podrá ocultar mas tiempo la verdad, viéndose por el contrario obligado á concedértela por esposa. »

Caled convocó al momento á los jefes y ancianos de la tribu, y les refirió lo que le habia sucedido, con lo que quedaron atónitos. « Es una historia maravillosa, dijo Medi-Carab, uno de ellos, que merecería escribirse en letras de oro. No sabíamos que vuestro tío tuviese una hija, ni conocíamos mas que á un hijo suyo llamado Yodar; ¿de dónde le ha venido esa heroína? Nosotros os acompañaremos cuando vayáis á pedirle su mano; nadie hay mas digno de ella que vos. »

Caled, no bien supo que estaba de retorno su tío, se puso en marcha acompañado de veinte de los principales de su tribu y de cien jinetes, y llevando ricos donativos. Zaer le recibió lo mejor que pudo, sin comprender qué significaba aquella pronta vuelta de su sobrino, pues ignoraba lo que habia pasado con su hija. Á los cuatro dias de la llegada, Caled, despues de besar la mano á Zaer, le pidió á su prima en matrimonio, suplicándole volviese á habitar con él. Y como Zaer le asegurase que no tenia mas que un hijo varon llamado Yodar, único vástago que le habia concedido Dios, Caled le expuso lo que le habia pasado con su prima. Á tal relato Zaer se turbó, permaneciendo algun tiempo sin desplegar los labios; luego dijo: « No creía que este secreto hubiera de descubrirse nunca; pero, pues que Dios lo ha dispuesto de otro modo, nadie mas digno que vos de la mano de vuestra prima y os la concedo. »

En seguida se fijó el precio de Yida ante testigos, en mil camellos rojos cargados de las mejores producciones del Yemen; despues Zaer, yendo adonde estaba su hija, le anunció el convenio hecho con Caled: « Y yo lo acepto (respondió la jóven), con tal que el dia del matrimonio mi primo mate mil camellos escogidos entre los de Melaeb-el-Assene, de la tribu de los Beni-Amer. » Su padre, sonriéndose al oír tal pretension, indujo al sobrino á aceptarla, y este, á fuerza de súplicas, logró que Zaer le acompañase yendo todos al dia siguiente hacia la antigua tribu, donde no hubo obsequio que no recibiese el padre de Yida, obteniendo el primer puesto.